
*Perfiles en teoría social: Tocqueville y Weber, dos vocaciones**

Gabriel Cohn**

¿Qué es lo que Alexis de Tocqueville y Max Weber tienen en común? A juzgar por la bibliografía, apenas una cosa: que Tocqueville habría sido un precursor de Weber en la utilización de los “tipos ideales”. Pretendo partir de este punto para examinar un poco mejor las relaciones entre esos dos grandes clásicos. Intentaré mostrar que un examen de la afinidad de ambos en ese punto metodológico puede revelar aproximaciones y contrastes mucho más profundos. Al hacerlo buscaré mostrar también que esas aproximaciones y contrastes, a su vez, se refieren a momentos importantes en el desarrollo de la teoría social, tanto en su vertiente sociológica cuanto en la política. En mi exposición se entrelazan dos argumentos: el primero, que los dos autores enfrentan de modo significativamente diferente el mismo desafío, es decir el del análisis de procesos de largo plazo a escala mundial; el segundo, que en la señalada afinidad metodológica se encuentran ya presentes no sólo las semejanzas, sino también las diferencias entre ambos. Inicialmente trataré la cuestión del carácter más metodológico, para, a continuación, examinar el modo en que eso se expresa en sus ideas sobre procesos históricos de alcance mundial.

* Una versión levemente diferente de este trabajo fue publicada en Avritzer y Domingues 2000[a].

** Profesor del Departamento de Ciencia Política (DCP) de la Facultad de Filosofía Letras y Ciencias Humanas (FFLCH) de la Universidad de São Paulo y editor de la revista *Lua Nova*.

La prioridad de Tocqueville en la concepción de ese instrumento analítico que Max Weber denominaría tipo ideal puede ser sustentada de dos maneras (no exclusivas, por supuesto): por la reconstrucción de sus procedimientos en el estudio de la democracia en América o por intermedio de sus formulaciones explícitas con respecto a sus propósitos y sus procedimientos de análisis. Por más recomendable que sea la primera línea de argumentación, la misma no da cuenta por sí sola de una exigencia básica: la de que el procedimiento en cuestión no esté presente en Tocqueville apenas en “estado práctico”, pero que alcance el plano conceptual, en que se define la pose consciente del instrumento analítico. La razón de eso es simple. El argumento de Weber es que quienes ejercen las ciencias histórico-sociales se asemejan más de lo que gustarían admitir al célebre personaje: aun sin saberlo, todos hablan la prosa de su ciencia, que es la de los tipos ideales. Determinados pasajes de Tocqueville acostumbran ser invocados en pro de la posición de que él no sólo operaba espontáneamente con los tipos ideales, sino que era capaz de una reflexión metodológica que anticipa a la de Weber. El más expresivo de esos pasajes está tomado de una carta dirigida a John Stuart Mill, en la cual Tocqueville asevera que “partiendo de nociones que me proveían las sociedades americana y francesa, quise retratar los trazos generales de las sociedades democráticas, de las cuales todavía no existe ningún modelo completo”.

La formulación es vigorosa y expresa un alto grado de claridad sobre lo que estaba siendo hecho. Sin embargo, guarda poca relación con la modalidad de construcción analítica que, después de Weber, se hizo conocida como “tipo ideal” (es verdad que, para continuar en este camino, es necesario asimilar una suerte de paradoja. Es que seguramente Weber se inquietaría si oyese la expresión, que más tarde se hizo tan común, “tipo ideal weberiano”, siendo que su propósito declarado no era producir algo original, sino tornar explícito lo que todos hacían, bien o mal –claro que bajo la suposición de que sabiendo que lo hacían, lo harían mejor. Pero, al hacerlo, le imprimió de tal modo su marca al concepto que, en rigor, el mismo sólo tiene sentido pleno en el campo de los presupuestos que subyacen a su propia concepción de las ciencias sociales. Este es, por cierto, un bonito ejemplo de las consecuencias no previstas de la acción intencional).

Veamos por qué no es pacífica la aproximación propuesta. Dos expresiones del pasaje citado más arriba la perjudican. En primer lugar la referencia a los “trazos generales” de las sociedades democráticas. Aunque la misma no sea obstáculo a la construcción de tipos ideales, en el sentido de caracterizaciones diferenciadoras que permitan la comparación, el énfasis en lo que es general en un conjunto determinado evoca mucho más los procedimientos que más tarde serían adoptados por Durkheim (un autor cuyas afinidades con Tocqueville son manifiestas, hasta por el respeto que ambos manifestaban por Montesquieu y Rousseau). Sucede que los tipos con los que operaría Durkheim (“tipos medios” en el lenguaje de Florestan Fernandes en su magistral *Fundamentos Empíricos de la Explicación Sociológica*) de hecho se orientan hacia lo que es común a las diversas con-

figuraciones empíricas de una forma de sociedad, permitiendo no sólo compararla con otras formas, sino también establecer relaciones de sucesión entre ellas. No obstante, el tipo ideal de Weber es rigurosamente individualizador, busca caracteres únicos.

Admitamos, como estoy dispuesto a hacer, que hasta aquí no avanzamos mucho. Sin embargo, las observaciones realizadas sólo adquieren pleno sentido cuando consideramos la segunda referencia antes mencionada, concerniente a la afirmación de que, de esas sociedades, no hay todavía un “modelo acabado”. De nuevo, Durkheim podría aceptar una formulación de este tipo, pero no Weber, quien vería en eso una inaceptable confusión entre el orden conceptual (que es “ideal”) y el orden empírico, un naturalismo, en fin, del tipo que criticaba en el marxismo y abominaba en Hegel. Desde la perspectiva de Weber, una cosa lleva a la otra; para él, la construcción de un tipo para buscar trazos generales en varias sociedades, aún no presentes en ellas, lleva a confundir la estricta construcción analítica con un estado empírico, aún no realizado, pero eventualmente realizable en el futuro, en una especie de convergencia efectiva entre lo real y el concepto (este último punto haría temblar a Weber).

Hay, con todo, un segundo punto en el cual nuestros dos autores coinciden en sus formulaciones explícitas. Ambos se refieren a sus tendencias a la *exageración*. El punto es importante porque el tipo ideal consiste, en uno de sus aspectos constitutivos y básicos, en exagerar determinados trazos de lo que se busca conocer hasta alcanzar la pureza del concepto. Para Weber, en una observación informal relatada por terceros, “exagerar es mi profesión”. Para Tocqueville, la exageración es recurso indispensable para “quien quiera hacerse comprender”. Una vez más, las diferencias son más importantes que las semejanzas. La exageración de la que habla Tocqueville se refiere al modo de exposición; es más del orden de la retórica que del orden del método; no es la propia posibilidad de un conocimiento adecuado de su objeto lo que está en juego, como en Weber, sino la posibilidad de hacer plausible y persuasivo un argumento.

Eficacia cognitiva del lado de Weber; eficacia retórica del de Tocqueville. Por lo tanto, aunque en ambos autores está presente el recurso a la exageración, intrínseco a las construcciones tipológicas, su naturaleza y función es diversa en cada caso.

¿No habrá, entonces, un punto de aproximación real entre ellos, que nos permita a partir de la cuestión metodológica inicial, rastrear las afinidades más profundas? Lo hay, sí, y es central. Consiste el mismo en que, en uno y otro autor, el procedimiento tipológico es de índole *caracterizadora* y es el carácter de una configuración social el que está en el escenario. Más allá de eso, y de importancia crucial para las posiciones de los dos autores, la atención se dirige hacia los rasgos de carácter de los hombres que componen esos escenarios sociales. Pero el término central, el desafío mayor para la interpretación, es éste: la idea de ca-

rácter, pues en ella se cruzan las inclinaciones personales, los procedimientos de método y las posiciones políticas de esas figuras paradigmáticas. El aristócrata explícito, liberal convencido y demócrata resignado en la Francia posrevolucionaria y posnapoleónica de la restauración monárquica por un lado; el burgués explícito, realista desencantado de la Alemania posbismarckiana, sin revolución en el pasado e incapaz de realizarla en el futuro, por el otro. El admirador a disgusto de la figura histórica europea de Napoleón, en un caso; el admirador contrahecho de la figura histórica alemana de Bismark, por el otro. El católico fiel, preocupado con la articulación entre los lazos sociales de la religión y la libertad en las sociedades democráticas, por un lado; el protestante sin oído para la fe (para cualquier fe), preocupado con los incentivos y los obstáculos que la religión presenta para la expansión de la racionalidad capitalista, por el otro. El monárquico constitucional, convertido en republicano, preocupado con la centralización del poder político, por un lado; el nacionalista, preocupado por la erosión del poder político por la burocracia, por el otro. Estos son algunos de los hilos que se enlazan en una malla fina e intrincada, en la cual los dos autores se encuentran y desencuentran como en un dibujo de Escher.

Tal vez se pueda aventurar la hipótesis de una íntima afinidad entre la atención que ambos daban a la dimensión del carácter, tanto en su vertiente sustantiva cuanto en su incorporación en los procedimientos de análisis, y aquello que a primera vista más los aproxima, que es la *conciencia de clase*, en el sentido de la clara y explícita posición en el campo de intereses propios a los respectivos ambientes históricos. Tocqueville jamás escondió la impronta aristocrática de su forzada aceptación de la sociedad democrática de perfil burgués. Por su parte, Weber, aún joven, declaraba su condición de “miembro de las clases burguesas”.

Extrañas adhesiones, con todo. Tocqueville ve la sociedad de su tiempo, irreversiblemente marcada por la igualdad de condiciones democráticas, a través de los lentes de una aristocracia cuya muerte él mismo es el primero en proclamar. Weber es el burgués declarado que mira a la burguesía alemana, incapaz de asumir los papeles dirigentes en la sociedad que las circunstancias exigían, con una mezcla de desencanto y desprecio. Ambos, en realidad, compartían el disgusto por la burguesía, francesa o alemana, pero en registros diferentes. Para Tocqueville, el predominio burgués lleva a la pérdida de todos los impulsos e ideales que posibilitan a los hombres trascender sus pequeños mundos personales para dedicarse a una política marcada por el vigor cívico; lleva, por lo tanto, a una sociedad sin carácter, orientada hacia las mezquinas preocupaciones con el bienestar, en lugar de a la grandeza, la honra y la gloria en el interior de la sociedad. Para Weber, si hay predominio burgués, no es por el mérito de una clase capaz de definir a su modo el destino de la sociedad, sino por adecuación a un régimen marcado por el ejercicio, por parte de la burocracia, de un poder tanto más efectivo cuanto más rutinario; por lo tanto, nada tampoco de la grandeza, de la potencia, de la presencia soberana, movilizadas para la expansión de aquello que realmen-

te importa, que es el Estado nacional; es decir, de nuevo, una sociedad sin carácter. Tocqueville plantea en sus análisis el tema del “carácter nacional”, con énfasis en el primer término. Weber hace otro tanto, pero con énfasis en el segundo término.

Tocqueville mira más allá de Francia para ver mejor a Francia. Busca en otras experiencias, (sobre todo la norteamericana, claro) elementos para agudizar su percepción de las condiciones políticas y sociales francesas. Weber observa fijamente Alemania, y cuando desvía la mirada, es para alzar vuelo en la multiplicidad de las experiencias sociales posibles. Su alternativa es radical: o el foco en Alemania o, si no, la búsqueda de los procesos más universales, puesto que más que el refinamiento de la visión, su propósito es la nitidez. La dirección de la mirada es diferente: indirecta y matizada, en el caso de Tocqueville; directa y duramente recortada, en el de Weber. No obstante, ambos comparten la amplitud de perspectivas; sus objetos primarios de atención son vistos como el telón de fondo de grandes procesos históricos, en escala europea en el caso de Tocqueville, en escala mundial en el de Weber.

Tocqueville desea ver su Francia poblada por ciudadanos dotados de la voluntad de ser libres y de la fuerza de carácter para sostenerla; pues solamente así será posible asociar el principio democrático del ejercicio de la soberanía popular a la descentralización del poder y a la libertad. Weber desea ver a Alemania galvanizada por una dirección política, poco importa si centralizada o no, mientras que sea eficiente; pues solamente así será posible imprimirle la condición de potencia nacional reconocida. Molicie, reflujo privatista de la vida política (vale decir, pública), apatía... estos eran los vicios para Tocqueville; deficiencias en el plano de la ciudadanía y, por lo tanto, del control sobre el poder. Carencia de audacia y de voluntad innovadora, inapetencia para la dirección política, retroceso frente a los vicios del poder... estos eran los vicios para Weber; deficiencias en el plano del gobierno y, por lo tanto, en el ejercicio del poder. Al carácter del ciudadano, señor de sí y así libre, corresponde el carácter del líder político, señor de sí mismo, y así responsable. Punto común es la condición clásica, de matiz aristocrático, de la capacidad de ser dueño de sí; en un caso para el ejercicio del autogobierno, en el otro para el ejercicio del gobierno sobre terceros. Se traza aquí un núcleo sólido de afinidades entre ambos, que consiste en el modo en que en ellos se articula la idea directriz de *carácter* con su concepción de la virtud política cardinal (la libertad ciudadana en Tocqueville, la responsabilidad dirigente en Weber). Esto se da en base a la capacidad de ser señor de sí. En ambos casos, las líneas de fuerza del pensamiento se cruzan, en una relación difícil, con ideales aristocráticos a los cuales ya no hay cómo adherir en términos realistas: ya porque se trata de un mundo irrevocablemente ultrapasado, ya porque el mundo mismo es burgués, pero, como tal, inaceptable sin apelación a virtudes que la burguesía no tiene cómo crear y sustentar. De un lado, la posición aristocrática como algo que sólo puede ser evocado en tonos elegíacos; del otro, como sustrato para la exhortación imperativa.

Esta última formulación trae a un primer plano la cuestión de la naturaleza y el papel de los valores en el estudio de la sociedad. Tocqueville es un resuelto practicante de un análisis en el cual se mezclan las consideraciones de cuño descriptivo, la búsqueda de relaciones causales bien fundamentadas y la más franca definición normativa en relación a lo que se está buscando conocer. Entre el conocimiento que se abstiene de evaluar el objeto y la más enfática prescripción, él se queda con la segunda. Eso resulta, en gran medida, de la posición de relativa proximidad en relación a su objeto en la cual él se coloca, al punto, como vimos, de tornarse sujeto a los reparos de Weber sobre la confusión entre objeto y concepto. En realidad, aquí como siempre, él está más atento a los lazos que vinculan entre sí los entes (empíricos o conceptuales) que a los cortes que se puedan establecer entre ellos. Pero es precisamente el corte, la ruptura, cuando no la oposición abierta y el conflicto, lo que importa para Weber. Le interesan los cortes analíticos entre conceptos típicos ideales individualizadores, en nombre de diferencias que permitan la comparación o se traduzcan en incompatibilidades. Cuando mucho, él admite afinidades que ponen en correspondencia las dinámicas internas de diferentes dimensiones de la vida social.

Tocqueville, por su parte, procura traer al mundo burgués (porque es allí donde impera la igualdad de condiciones democrática) algo que va a buscar en su más recóndita identidad aristocrática: precisamente, la cualidad de saber mantener unidos a los desiguales, transferida para un mundo de hombres iguales en sus condiciones, pero desprovistos del *élam* que los unía. No tiene sentido, para él, romper con una identidad que, aunque históricamente ultrapasada, todavía provee la clave para civilizar la nueva fase de la historia. Su lema implícito es, por lo tanto, el de la aproximación. Y esto en todos los niveles, pues el alejamiento y la ruptura sólo llevan agua para el molino de las nuevas formas de despotismo. Eso no es posible para Weber, que se ve obligado a enfrentar la paradoja de traducir su identificación burguesa en alejamiento hasta el borde de la ruptura en relación con la burguesía alemana realmente existente.

Para Weber, no sólo tiene sentido, sino que se impone un pensamiento que se expresa en un estilo *stacatto*, marcado de punta a punta por cortes que responden a dos imperativos básicos: la nitidez y la coherencia (en contraste, por lo tanto, con el *legato* tocquevilliano).

Nitidez y coherencia. Pero esas son precisamente las cualidades cruciales de la acción racional y del proceso de racionalización, que ocupan un lugar central en el pensamiento de Weber. Todo el análisis weberiano de la racionalización, que para él constituye la marca misma del proceso secular a escala mundial que desafía el conocimiento en sus variadas dimensiones, reposa sobre la idea de una creciente diferenciación de ámbitos significativos y trae, por lo tanto, la marca de la distinción más que la de la uniformización. Tanto más perturbadora se torna así para Weber la evidencia de poderosas tendencias de nivelación política y de in-

capacidad dirigente para convertir la diferenciación, la individualización y la distinción en una identidad nacional capaz de imponerse en todos los frentes; todavía más cuando la principal fuente de esa nivelación es justamente la contrapartida política de la racionalización, la dominación racional legal mediante el aparato burocrático administrativo. El proceso de racionalización es expansivo y, abandonado a su propia lógica, irreversible e irresistible.

He aquí el dilema weberiano. Manteniendo la lógica intrínseca de la racionalización, que, como tendencia universal, viene recortando espacios significativos de la vida social, se desemboca en un universo racional, sí, pero marcado por la nivelación y por la rutina; la alternativa es la destrucción de esa lógica por la irrupción de otra, que aunque pasajera es siempre imprevisible, puesto que no es racional. Hay, pues, un modo para interrumpir la trayectoria de la racionalización, pero no hay cómo conciliarla con el incremento de la grandeza de las naciones y la libertad de los hombres (en la acepción clásica que Weber comparte con Tocqueville, de ser dueño de sí). Weber paga un precio alto por su intransigente búsqueda de la nitidez, la coherencia y la distinción individualizante, tanto en el nivel de la caracterización del nivel conceptual del proceso de racionalización, cuanto en el de sus posiciones políticas normativas, comprometidas con la coherencia responsable en la figura del dirigente, y la distinción y la grandeza soberanas en el plano nacional. En cierta medida, el dilema en que consiste ese precio deriva de la asincronía entre la tesis de la centralidad del proceso de racionalización en el ámbito cultural más abarcativo y el diagnóstico de una pérdida de diferenciación y de autonomía de la política en provecho de la burocracia (que no es una dimensión particular de la vida social, sino apenas la forma más acabada del aparato administrativo, sin el cual no hay dominación a escala nacional). Parafraseando a Elster, el dilema de Weber apunta a la imposibilidad de una política racional. Vale decir, la apuesta a un proceso de vasta amplitud y situado en el plano cultural de la circulación de significados, como es la racionalización, condujo a Weber a un callejón sin salida, del cual Tocqueville aparentemente tuvo como escapar.

Una vez más, Tocqueville parece seguir el camino opuesto al de Weber. Mientras que este último ve un avance de la diferenciación como tendencia global para encontrarla en declive en el campo regional de la política, Tocqueville, cuyo modelo es la agudeza sociológica de un Montesquieu más que el historicismo con el que dialogaba Weber, ve la tendencia a la uniformización en el proceso más abarcativo, y va a buscar fuentes de diferenciación en ámbitos menores. Tocqueville encuentra en el interior mismo de la democratización, entendida como expansión de la igualdad de condiciones (que se da en el plano social y en el ámbito político de la distribución del poder, como en Weber) el impulso para la creación de espacios diferenciados. Con ello, él llega a lo que le importa, que es encontrar frenos para las tendencias centralizadoras intrínsecas a la democracia. Eso lo coloca en una posición privilegiada en relación con Weber, que no encuentra

en el proceso de racionalización algo análogo a ese prolongamiento lineal, que le permita vislumbrar frenos racionales a la racionalidad burocrática.

Democracia para uno, racionalización para el otro. En este paso, tenemos la convergencia más fuerte -la atención a los grandes procesos- y también la mayor divergencia, pues aquí estamos frente a grandes cuestiones definidas en dimensiones de la vida social y en niveles de análisis diferentes. La ineluctable expansión de la igualdad de condiciones que marca la democracia, tema central en Tocqueville, merece una atención bien menor por parte de Weber. Para este último, si hay un proceso de democratización en curso será más por una nivelación política que por la igualdad de condiciones sociales. Y esa nivelación nada tiene que ver con cualquier fortaleza del principio de la soberanía popular; antes bien, es indicio de la presencia dominante de una burocracia que, ésta sí, se expande casi sin frenos. Aumentar el número y la eficacia de esos frenos tienen tanta importancia para Weber cuanto el control del poder central por la ciudadanía participante en Tocqueville; sólo que en él no hay controles desde abajo, ya que la soberanía popular es mera ideología, instrumentalizada por los dirigentes. Lo que se expresa de esa forma no es la presencia política de las grandes masas, sino una “democratización pasiva”, para usar el término empleado por Weber al tratar este tema en el capítulo sobre la burocracia en *Economía y Sociedad*. Como el nombre lo indica, la democratización pasiva no significa el aumento de la participación popular en el poder, sino la creación de las bases para el poder de otros grupos mejor situados.

El problema de Weber, no es por lo tanto, la democracia, que no pasa de un escenario entre otros posibles a la disputa del poder. Pero, ¿por qué el problema será la burocracia? Al cabo, ella es apenas la expresión social de algo más profundo. Con todo se trata de una expresión privilegiada, pues es en ella que encuentra su más cabal expresión, en el mundo contemporáneo, ese algo más profundo, que es precisamente el proceso de racionalización. Así como la democracia tiende a generar centralización, la racionalización tiende a generar burocracia. Pero la descentralización aún está dentro del campo de la democracia, mientras que la desburocratización escapa al campo de la racionalización. En Tocqueville, siempre hay cómo moderar tendencias, y la moderación es uno de sus lemas fundamentales. En Weber, nada de moderación. Todo es llevado a sus consecuencias más extremas, en todos los niveles, del concepto más abstracto a la observación empírica más minuciosa. Es precisamente porque no vincula el recurso a la exageración a una coherencia implacable, pero lo mantiene en el plano de la exposición, que Tocqueville escapa a la malla de dilemas en la que se enreda Weber.

No obstante, ¿y si los dilemas fuesen reales y las soluciones democráticas para los problemas de la democracia se revelasen ilusorias?

Weber jamás cita a Tocqueville. No será porque nada tengan en común; tienen mucho, comenzando por los problemas que enfrentan y la amplitud con que los formulan. Ese francés y ese alemán, paradigmáticos ambos de sus naciones y de sus momentos históricos, y con trayectorias personales que se cruzan de modo tan intrincado y penoso cuanto las nacionales, corren por caminos paralelos —cada cual con su lógica propia y sin afinidad electiva alguna— diría tal vez Weber, preguntándose por qué insistía en ignorar a su posible interlocutor. Puede entenderse que él sintiese dificultades para tener como interlocutor a un aristócrata, que al contrario de él mismo tomaba en serio el principio de la soberanía popular, que veía en la religión un lazo efectivo entre los hombres y no un recurso disponible para dar impulso a la aceptación o rechazo del mundo. Así, si hay afinidades profundas entre Weber y Tocqueville, hay también divergencias igualmente importantes. Y éstas se traducen en aquello que concierne a la perspectiva desde la cual conciben los problemas que se proponen enfrentar en un alternativa clara: o se piensan las dimensiones y los procesos de la vida social como encadenamientos, por el ángulo del *élam* que le da unidad como hace Tocqueville, o entonces, como en Weber, son concebidos como recursos escasos a ser disputados y como *instrumentos* a ser accionados en el juego de voluntades que mueve a los hombres. La política como organización de la vida colectiva, de un lado; la política como tenacidad, iniciativa, sentido de oportunidad, por el otro. El arte de la asociación, por un lado; el arte de la dirección, por el otro. Dos vocaciones, que, en las líneas de aproximación y alejamiento que trazan en sus trayectorias vistas en conjunto, componen un capítulo de los más fascinantes (y, curiosamente, menos estudiados) del pensamiento social de los últimos dos siglos.

Bibliografía

- Aron, Raymond 1995 (1967) *As etapas do pensamento sociológico* (São Paulo: Martins Fontes-Editora Universidade de Brasília).
- Avritzer, L. y J. M. Domingues 2000[a] *Perfis em Teoria Social. Tocqueville e Weber, duas vocações* (UFMG: Belo Horizonte).
- Avritzer, L. y J. M. Domingues (comps.) 2000[b] *Teoria Social e Modernidade no Brasil* (UFMG: Belo Horizonte).
- Cassirer, Ernst 1997 (1932) *La filosofía de la Ilustración* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- De Tocqueville, Alexis 1985 *Oeuvres Complètes* (Paris: Galimard) Tomo VI.
- De Tocqueville, Alexis 1994 (1835) *La democracia en América* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Fernandes, Florestan 1967 *Fundamentos empíricos de la explicación sociológica* (São Paulo: Nacional).
- Weber, Max 1992 (1922) *Economía y Sociedad* (México DF: Fondo de Cultura Económica).